



Habana Eterna de Ayer: Marisabel Sáenz

Por Mario Parajón

Cuando el Patronato del Teatro montó Fiebre de Primavera, la comedia de Noel Coward, en el América, mis padres me llevaron a la función. Recuerdo a Julio Valnoir junto a una butaca recortando un muñeco de papel y haciendo un movimiento para cubrirse el respaldo del mueble y caer sentado en el mismo. Era lo más antibritánico que podía hacer en su vida un adolescente, y por eso mismo, para desinhibir al público y divertirlo a fondo, Noel Coward proyectaba su comedia en ese plan graciosamente transgresor. Marisabel Sáenz se movía continuamente por el escenario. Hacía el papel de una señora que había sido actriz y que recordaba sus éxitos. No se me olvida un pasaje en que se adelantaba al centro del escenario situándose en primer término, se contoneaba con todo el aire de quien evoca un triunfo y decía que la gran emoción de quien actuaba en el teatro, era despertarse a la mañana siguiente del estreno y abrir los periódicos para gozar con elogio de la crítica o sufrir con sus reparos.

Quizá Marisabel dijo tan bien esta parte de su personaje, identificada con su expectativa de la crítica, igual que la heroína de Coward. Así era. Marisabel me llamó por teléfono más de una vez para comentarme lo que había dicho de ella Paco Ichaso, José Manuel Valdés-Rodríguez, Francois Baguer o Luis Amado Blanco. Don Luis le señaló defectos varias veces y ella tomó venganza soltándole alguna que otra frase un poco irónica. Con Ichaso tuvo alguna amistad; y comentaba que siempre era sobrio, lo mismo cuando no había quedado satisfecho que cuando aplaudía sin reservas.

Marisabel vivía en un apartamento de la Calle Carlos III, generalmente acompañada por su madre, que dividía su tiempo entre las es-

cuísimo que había sido actor y declamador aficionado en los mejores años de su juventud que contaba cómo se apoderaba de la voluntad del público cuando hacía su primera aparición en la escena. A la segunda o a la tercera de las poesías que le tocaba recitar, ya tenía al respetable en el bolsillo y lo hacía reír o llorar a su capricho. Marisabel lo escuchaba llamándole tiernamente papaito. El bueno de don Gregorio se jubiló al cumplir la edad reglamentaria, pero le sobrevino entonces una enfermedad nerviosa. Si en la casa estábamos ensayando, don Gregorio se asomaba a la sala donde trabajábamos y muy tímido con gran delicadeza nos pedía que no alzáramos la voz, pues intentaba dormir un poco la siesta y el menor ruido se lo impedía. La muerte tuvo piedad para él. Marisabel contaba con qué acento de resignación le había dicho: "¡Qué vamos a hacer", hijita!"

Marisabel no era la única hija. Tenía un hermano ingeniero, Luis de nombre, muy serio, muy inteligente y por lo visto con mucho éxito en el campo del amor. Ella le decía Luisito y se sentía muy orgullosa de los éxitos de aquel muchacho un poco misterioso y hurafío, buena persona, cumplidor de su palabra y de extremo rigor en la realización de su palabra.

Hay que tener en cuenta que en aquellos tiempos al cubano se le perdonaba todo con la condición de que fuera simpático, expresivo, halagador y cariñoso. Luis Sáenz le llevaba la contraria a esa vigencia. Era capaz de sentir profundamente, pero a la hora de expresarlo prefería la elegancia de la sobriedad.

Marisabel no era precisamente sobria, ni nunca hubiera podido serlo a causa de lo vivo de su temperamento. Inteligente, emotiva, con

negaba sistemáticamente a interpretar papeles de señora mayor, segura de que si consentía una vez ya la encasillarían para siempre en la categoría de las ancianas.

Era disciplinada, laboriosa como ninguna, humilde ante el director y muy inteligente para comprender la urdimbre del personaje y los matices que requería cada actuación. Hay que declararlo abiertamente: daba gusto dirigirla porque se podía hablar con ella un rato largo sobre la obra, sabía escuchar, era ingeniosa y esencialmente noble, sin trastiendas, rencores o celos. Nunca la vi tomar parte en una intriga ni decir una tontería.

Y como el mundo del teatro es como es y la naturaleza humana se pinta como se pinta, en los últimos años de su vida, sus compañeros de oficio, no todos, pero sí algunos dieron en la manía de apreciarla, no contar con ella, no respetar su pasado de entrega absoluta al arte. Tenía una enfermedad del corazón y pasó en la clínica de Fortún y Souza una temporada larga de convalecencia. No se me olvida cuando fui a visitarla con Morín ni cuando ésta me dijo a la salida: "¡Esta mujer se cura! ¡qué voluntad de vivir tiene!"

No podía curarse porque por entonces no existían las operaciones del corazón; pero se mejoró y salió del centro médico caminando por sus pies, aunque con una dificultad al hablar que ya le impidió para siempre volver al escenario. Era el momento de visitarla, de entrevistarla, de ponerle una grabadora para que contara sus recuerdos y de organizarle un gran homenaje.

No hubo ni grabadora ni homenaje. Se fue de Cuba vía México y no pudo resistir la altura.